OP

ENFOQUES / ANÁLISIS
OPINIONES / VISIONES
DE LA ARGENTINA

Cartas de lectores, comentarios, notas, sugerencias y fotos se reciben en cartas@cronista.com o www.cronista.com.
Av. Paseo Colón 746 1°P, Buenos Aires.
Sección Opinión.
Teléfono: 4121-9300.
Fax: 4121-9301

LA FRASE

"Nunca más la guerra, la guerra es una matanza inútil".

Benedicto XVI, sumo pontífice de la Iglesia Católica.

De la dependencia energética al liderazgo

Carlos Magariños

Director General de Prospectiva2020. Ex secretario de Industria de la Nación

A principios de 1970 Dinamarca, al igual que otros países, expandió su demanda de energía apoyada en la oferta de un recurso eficiente y barato: el petróleo. En 1972 éste abastecía el 93% de sus necesidades energéticas. Al año siguiente, sin embargo, despertaron a una nueva realidad. La crisis petrolera de 1973 disparó los precios del oro negro, cambiando así los patrones en la oferta de energía. Al repetirse la crisis en 1979 el mensaje fue claro: la energía barata no duraría para siempre.

Comprendieron entonces que necesitarían soluciones de mediano y largo plazo; en el corto plazo deberían pagarse los aumentos de precios. El gobierno decidió llevar adelante una política de conservación de energía con altos impuestos y nuevas regulaciones para mejorar el aislamiento térmico de edificios y promover el uso de cogeneración de electricidad y calor. Al mismo tiempo reemplazaron el uso de petróleo por carbón para generar energía tanto cuanto fue posible.

Paralelamente, desarrollaron sus propios recursos de petróleo y gas (en el Mar del Norte) y sus fuentes de energía renovable, particularmente biomasa y energía eólica. Esto, a su vez, creo una nueva actividad industrial: la producción de turbinas de viento, cuyo mercado dominaron los daneses y donde aún son importantes actores. Al cabo de 20 años lograron reducir las necesidades de petróleo de su matriz energética del 93% al 43%; y en el 2002 ya contaban con una capacidad de generación de energía eólica instalada de 2.600 MW, muy por delante de la meta de 1.500 MW que tenían para 2005. De continuar operando con el esquema de incentivos que existía hasta esa fecha, las fuentes de energía renovable suministrarían el 50% de la electricidad en el año 2030.

En mis ocho años al frente de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (Onudi) y más tarde durante mi actividad académica en la Universidad de Oxford pude apreciar muchos ejemplos de este tipo, que resaltan el valor de trabajar, como lo hizo Dinamarca, con políticas de mediano y largo plazo. Este modo de trabajar obliga a profundizar el análisis de los temas para derribar mitos, resolver los problemas de fondo y alcanzar resultados duraderos y exitosos.

Por ejemplo, uno de los mitos consiste en creer que el crecimiento del Producto trae aparejado un aumento en la demanda de energía. Pero entre 1977 y 1999, el Producto Bruto danés creció casi el 50% y su consumo de energía se mantuvo constante. La clave estuvo en la eficiencia y los cambios tecnológicos.

En realidad el consumo de energía que sí debería crecer con el desarrollo de la economía y el progreso social es el destinado al transporte y al uso domiciliario. Y esto tiene implicancias tecnológicas que hay que considerar, por ejemplo, a la hora del desarrollo de fuentes de energía renovables; de acuerdo a la estructura de consumo algunas opciones como el hidrógeno (que en realidad es un 'carrier') o los biocombustibles serán más apetecibles que otras, como las fuentes eólicas.

¿Cómo estimulamos el uso de energías renovables? ¿Cuáles presentan mejores características de abastecimiento acorde a la demanda futura de nuestra sociedad e industria?¿Qué nuevas tecnologías serán claves para mejorar el rendimiento de los combustibles fósiles?

Estas y otras preguntas pueden replicarse para otros sectores donde los cambios tecnológicos están alterando rápidamente las reglas del juego. ¿Somos conscientes, por ejemplo, de la emergencia de la bio-economía? Poca gente percibe que hoy en día cerca del 30% de los negocios globales están afectados por la biología y sus tecnologías asociadas.

Para tratar estos y otros temas estructurales necesitamos saber dónde y cuánto invierten nuestros competidores (tanto al nivel de empresas como de países) y cómo afectarán los actuales desarrollos tecnológicos nuestros futuros mercados y la dinámica de los negocios. Esto requiere pensar en el mediano y largo plazo, adaptando a nuestro país las técnicas de prospectiva económica y social, ampliamente utilizadas en el resto del mundo industrializado y en las economías emergentes. Los negocios se desenvuelven en un territorio movedizo. Nuestra capacidad de competir en el futuro depende crucialmente de las decisiones que tomemos hoy.